

Sobre el pecado y la bondad infinita de Dios

Dios —venimos repitiendo— quiere hacer de nosotros «personas nuevas», libres, pero nosotros, como el antiguo Israel, a veces andamos amarrados a nuestros pequeños «quereres» (cf. Núm 11, 4b-6). El derroche de Dios, la invasión de su misericordia, se encuentra con el miedo, el nerviosismo, la estrechez de los horizontes del pueblo elegido. *¿Los ajos y las cebollas? ¡Pero si Dios os ha dado la libertad...!*

El papa Francisco sorprendió a propios y extraños al definirse, desde el comienzo de su pontificado, como «un pecador». Sorprendió por la naturalidad y la sinceridad con que convertía su conciencia de pecador en uno de sus rasgos fundamentales. En nuestro caso, sin embargo, hablar del pecado no suele provocar esa identificación espontánea, sino cierto cansancio, porque nuestros errores, nuestras caídas, siempre son parecidas, porque también nosotros «nos confesamos siempre de lo mismo».

El pecado no ocupa el centro de nuestra vida espiritual, sino la bondad infinita, desbordante, asombrosa de Dios. Que siempre es nueva. Se trata de *sentir en las entretelas* el amor excesivo del Padre, su oferta generosa a la felicidad, sus ganas de que vivamos en plenitud, porque solo así nace la conciencia de sentirnos lejos, pequeños y pecadores. Porque entonces uno *siente* lo poco que corresponde a quien tanto lo quiere. Solo esa experiencia hace de nosotros criaturas nuevas.

«Apártate de mí, Señor...» (Lc 5, 1-11)

Ser pecador no tiene nada que ver con la mala conciencia ante una falta. Reconocer nuestro pecado no es un «ejercicio de piedad»; es una cuestión de ser o no ser. Ser pecador es *lo que no es Jesús*, lo que Jesús despierta en nosotros cuando estamos junto a él, la conciencia de la *distancia abismal que nos separa*. Cuando Pedro se encuentra con la grandeza de Dios en Jesús, le pide «apártate de mí», no porque haya hecho examen de conciencia, sino porque descubre su pequeñez. El auténtico encuentro con Dios coincide con el descubrimiento de la distancia infinita que lo separa del Señor.

Que seamos pecadores no es un problema para Jesús, es más, es algo que a él *lo acerca a nosotros*. Por eso sentirnos pecadores es algo que *se pide*, como un regalo, porque como pecadores somos buscados, como Pedro, como la oveja perdida. La conciencia de pecado, separada de esta mirada de Jesús, nos agobia. Pero la experiencia de ser pecadores produce lo contrario: no dejas de experimentar el mal con hondura y lucidez, pero te sientes llamado a más; que ser pecadores es nuestra condición, no nuestra vocación, que es la santidad, el volvernos hacia Dios. Sintíéndome pecador se abre una brecha que permite que entre la misericordia de Dios.

Trigo y cizaña

Sin embargo, con un poco de sano realismo, nos damos cuenta de que habrá luchas que nos acompañarán «hasta media hora después de muertos». Podemos asomarnos por un momento a la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30).

Quizás esté yo equivocado, pero Jesús rechaza que seamos rígidos con el propio mal. No hay que arrancar la cizaña, en primer lugar, porque solo se reconoce al final: al principio no se distingue; cuando brota es igual al grano; se distingue con el tiempo. En segundo lugar porque el campo no es tuyo. Y el dueño del campo sabe esperar. Los que lo cuidan deben acostumbrarse a ver crecer juntos, hasta el final, trigo y cizaña, porque su dueño no quiere perder lo que podría perderse de bueno al arrancar la mala hierba. Valora tanto el grano de trigo que pudiera fructificar todavía, en contacto con la cizaña, que no le cuesta soportar la imagen de un campo manchado, que para los criados es inaguantable.

En cada uno de nosotros, la línea divisoria entre el trigo y la cizaña pasa por dentro. El cura tiene otra perspectiva del pecado, porque toca la raíz de la gracia, al ver cómo la gente se acerca a la fuente de la salvación y le cambia la vida. Pero tenemos también una perspectiva honda de la tragedia del corazón humano roto. Somos trigo y cizaña a la vez y nadie nos ha prometido nunca que esta última pueda desaparecer definitivamente de nosotros.

«Muy a gusto presumo de mis debilidades...» (2 Cor 12, 7-10)

Pablo vuelve a compartir su experiencia. Él mismo cuenta el trabajo que le costaba superar algún defecto, una debilidad. No sabemos cuál era, pero le hacía sufrir.

Es texto que nos desconcierta. Pero es genial. «Muy a gusto *presumo* de mis debilidades...» Incluso cuando lo conocemos, nos cuesta tomárnoslo en serio. Entendemos eso de no presumir de nuestras virtudes, de no tomarnos demasiado en serio a nosotros mismos, pero de ahí a «presumir muy a gusto de nuestras debilidades», a quererlas... hay un trecho.

La gracia de Dios no suele trabajar sobre nuestros méritos o nuestras virtudes, sino sobre nuestra debilidad. Conocemos bien nuestra debilidad, pero normalmente no sabemos «qué hacer con ella», cómo «gestionarla» porque hiere inconscientemente esa imagen ideal que tenemos de nosotros. Sin embargo, esa permanente «brecha abierta» de nuestra debilidad es la grieta por la que la gracia de Dios puede actuar. Haremos lo posible por tapanla y convencernos a nosotros mismos de que ya nos apañamos, que achicamos el agua... hasta que una nueva brecha vuelva a abrir una vía al agua y, cuando nos parezca que volvemos a hundirnos, una nueva posibilidad a la gracia de Dios (A. Louf). «Primero la caída, y después la recuperación de la caída, las dos son gracia de Dios» (Juliana de Norwich).

Sin el descubrimiento de la propia debilidad uno vive como un pagano porque no sentirá la exigencia de ser salvado. Recibir el perdón reiterado de Dios, en lugar de desanimarnos, hace crecer en nosotros la sabiduría creyente. Es la naturalidad con que afirma el Cura de Ars: «El buen Dios lo sabe todo. Antes de que os confeséis, ya sabe que pecaréis todavía y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que *lo impulsa a olvidar voluntariamente el futuro, con tal de perdonarnos!*».